

## Del poder en/del espacio<sup>1</sup>

**Carlo Emilio Piazzini Suárez**

Profesor Titular, Instituto de Estudios Regionales, Universidad de Antioquia (Colombia)

e-mail: carlo.piazzini@udea.edu.co

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-6675-6183>

<http://dx.doi.org/10.5209/geop.109719>

Recibido: 11/05/2026 • Aceptado: 15/05/2026

**Resumen.** La pregunta sobre las relaciones históricas, actuales y posibles entre espacio y poder, encuentra renovada vigencia cuando han tomado fuerza planteamientos sobre la importancia que tienen diferentes formaciones espaciales (territorios, lugares, arquitecturas o cuerpos), para el diseño e implementación de políticas de equidad social y sostenibilidad ambiental. Tempranas aproximaciones a la cuestión, desde la geopolítica, fueron prontamente criticadas bajo el calificativo de determinismo geográfico o ambiental, proponiendo, en su lugar, un posibilismo geográfico. Estos rasgos del pensamiento sobre el espacio son tratados en este texto, para proponer un acercamiento diferente al problema del poder *del* espacio (y no solo del poder *en* el espacio), con énfasis en las geografías del conocimiento.

**Palabras clave.** geopolítica; geografías del conocimiento; estudios socioespaciales; pensamiento geográfico.

### EN About the Power in/of Space

**Abstract.** The question about the historical, current and possible relations between space and power finds renewed relevance when approaches to the importance of different spatial formations (territories, places, architectures or bodies) have gained strength, for the design and implementation of social equity and environmental sustainability policies. Early approaches to the issue, from geopolitics, were promptly criticized under the qualification of geographical or environmental determinism, proposing instead a geographical possibilism. These features of thinking about space are treated in this text, to propose a different approach to the problem of the power of space (and not only the power *in* space), with emphasis on the geographies of knowledge.

**Keywords.** geopolitics; geographies of knowledge; sociospatial studies; geographical thought.

### PT Do poder no/do espaço

**Resumo.** A questão das relações históricas, atuais e potenciais entre espaço e poder ganhou renovada relevância à medida que os argumentos sobre a importância de diferentes formações espaciais (territórios, lugares, arquiteturas ou corpos) para a concepção e implementação de políticas que promovam a equidade social e a sustentabilidade ambiental ganharam força. As

1. El origen de este ensayo corresponde a la elaboración de los fundamentos conceptuales de la propuesta de creación del Doctorado en Estudios Socioespaciales del Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia.

primeiras abordagens a essa questão, desde a geopolítica, foram prontamente criticadas sob o qualificativo de determinismo geográfico ou ambiental, sendo proposto, em seu lugar, o possibilismo geográfico. Estes traços do pensamento sobre o espaço são tratados neste texto, para propor uma abordagem diferente ao problema do poder *do* espaço (e não apenas do poder *no* espaço), com ênfase nas geografias do conhecimento.

**Palavras-chave.** geopolítica; geografias do conhecimento; estudos socioespaciais; pensamento geográfico.

**Sumario.** Introducción. 1. De la influencia de la naturaleza al posibilismo geográfico. 2. Del poder en el espacio, al poder *del* espacio. 3. La producción del espacio y las geografías del conocimiento. 4. Del giro a la ontología espacial. Conclusión. Referencias bibliográficas.

**Cómo citar.** Piazzini Suárez, C. E. (2026). Del poder en/del espacio. *Geopolítica(s). Revista de Estudios sobre Espacio y Poder*, 17(1), 23-38

## Introducción

Desde la primera mitad del siglo xx la noción de geopolítica ha cargado con una connotación negativa por su relación con proyectos políticos y militares de carácter totalitario, y, teóricamente, se la ha afiliado con el determinismo geográfico o ambiental, es decir, con una sobreestimación de la importancia de los espacios geográficos o condiciones climáticas en la estructuración de las dinámicas humanas. Por ello, no es extraño que aquellos autores que en las últimas décadas han promovido una concepción crítica de la geopolítica, hayan debido hacerse cargo de tratar esa mala reputación y precisar otras posiciones (Agnew, 2002, p. 181; Cairo, 1993, p. 196). Y en el ámbito más amplio de las propuestas que destacan la importancia del espacio en el pensamiento social contemporáneo, ha debido advertirse que ello no debe conducir a un nuevo determinismo geográfico (Massey, 1984, p. 6 y ss; Werlen, 2017, p. 34 y ss). No hay duda de que muchos de los planteamientos sobre geopolítica de finales del siglo xix y primera mitad del siglo xx, notoriamente los efectuados por Rudolf Kjellén, Karl Haushofer, y Halford MacKinder, hicieron parte, en primera o segunda instancia, de discursos y estrategias políticas de carácter imperialista, nacionalista y totalitario. Lo cual, desde una perspectiva de las geografías de conocimiento, confirma la existencia de estrechos vínculos entre saber, espacio y poder, algo que, por cierto, no es exclusivo de los conocimientos geográficos (Piazzini, 2015).

Desde mediados del siglo xx, la crítica de la geopolítica condujo a una purificación de las relaciones entre política y conocimiento geográfico, que resultó funcional a las nuevas geografías positivistas (Cairo, 1993, p. 196), y en última instancia, al establecimiento de una relación instrumental, no siempre advertida, del conocimiento geográfico respecto de diferentes proyectos políticos. Una pretendida asepsia de la geografía frente al poder imperaría hasta que, gradualmente, algunos geógrafos como Yves Lacoste (1977) reintroducirían el debate de las relaciones entre geografía y poder, así como la noción misma de geopolítica.

Hoy, cuando han tomado fuerza los planteamientos sobre la importancia que tienen diferentes formaciones espaciales, llámense territorios, lugares, arquitecturas o cuerpos, a la hora de sustentar o diseñar políticas encaminadas a lograr equidad social y sostenibilidad ambiental, es necesario volver a hacerse la pregunta sobre el poder del espacio. Sobre todo, al tener en cuenta que, de manera simultánea, se han renovado planteamientos que privilegian el factor antrópico y de la cultura en la construcción de las realidades geográficas y ambientales, quedando nuevamente el espacio en un lugar secundario respecto de la sociedad, la economía, la política y la cultura.

## 1. De la influencia de la naturaleza al posibilismo geográfico

Desde las apuestas tempranas por conformar una ciencia geográfica, se hicieron visibles una serie de problemas medulares acerca del tipo de relaciones que podrían darse entre la naturaleza y la humanidad, la geografía y la historia, lo espacial y lo político, así como las formas de aproximación entre el sujeto cognoscente y las realidades que éste pretende estudiar. Así, en la geografía de las plantas de Alexander von Humboldt, «La historia política y moral del hombre» se hallaba ligada a la «influencia» de la vegetación, los suelos y los climas, relación que, dependiendo del grado de civilización de los pueblos, operaba de forma determinante o relativa (Humboldt y Bonpland, 1805, p. 29). Por entonces, en la gradiente de lo que se concebía como el progreso de la humanidad, Europa occidental y su ciencia se hallaban en la cúspide del proceso de dominación humana de las influencias de la naturaleza, y constituía el centro desde el cual se proyectaba una ciencia imperial y colonial hacia el resto del mundo (Pratt, 1992, p. 111). Con todo, para Humboldt la ciencia misma podía estar sujeta, para bien o para mal, al «poder de la naturaleza», con relación a lo cual proponía agregar a las operaciones de observación, clasificación y comparación, una dimensión estética, que, al propiciar una sensibilidad geográfica, permitiría una mayor aproximación a las geografías (Humboldt, cit. en Minguet, 2003, p. 91; Buttimer, 2001, p. 106). Vista en retrospectiva, puede decirse que esta dimensión estética o sensibilidad geográfica, anunciaba la importancia que tendría el trabajo de campo en la geografía y las nascentes ciencias sociales, y, en particular, la relevancia de la categoría de paisaje, profundamente atravesada en lo sucesivo por tensiones entre lo físico y lo humano (Sauer, [1925] 1969, p. 311).

El asunto del poder de la naturaleza y el espacio geográfico cobró especial importancia en el tránsito hacia la conformación de las ciencias del siglo XIX, un proceso ligado a la construcción de estados nacionales y proyectos coloniales, para lo cual los asuntos territoriales y de demarcación de fronteras resultaban cruciales. En este ámbito, Carl Ritter planteaba que los grupos humanos «dependían» de las características naturales de sus lugares de asentamiento, notablemente de su localización geográfica, distribuida de conformidad con un esquema de evolución histórica que otorgaba a ciertas geografías, sobre todo las europeas, condiciones propicias para la aparición de sujetos, culturas, pueblos y estados fuertemente individualizados, que lograban imponer «la armonía de las formas a la fuerza de la materia» (Ritter, [1850] 1988, p. 173). Se trataba de causas y efectos que obedecían a una «relación espacial universal», a una «ley cósmica superior» (Ritter, [1850] 1988, p. 177), cuyas expresiones de variabilidad debían ser estudiadas desde una perspectiva histórica de la geografía (Bunzl, 1996, p.40).

Posteriormente, Friedrich Ratzel, mediante el concepto de «espacio vital» quiso indicar un vínculo íntimo entre los pueblos y la tierra, el suelo, en un sentido de este último que, desbordando su valor como recurso, implicaba una dimensión espiritual ([1901] 2018). En una versión moderada de la historia como progreso (en el sentido de Hegel) y como evolución (en el sentido de Darwin), consideraba que, si bien a mayor grado de civilización existía menos supeditación a la naturaleza, en los pueblos más avanzados dicho vínculo se convertía en una «amplia y múltiple alianza» entre la tierra y los seres humanos, visible, por ejemplo, en la agricultura (Ratzel, [1885] 1888, p. 3). En este sentido, dichas relaciones se hacían más estrechas conforme se generaban sentidos nacionales y se creaban estados, cuyo tamaño territorial estaba en consonancia con su edad histórica (Ratzel, [1896] 2011, p. 145). Para Ratzel, la naturaleza ofrecía dones y limitaciones importantes, sobre todo climáticas, pero el hombre podía ejercer, en virtud de la cultura, poder sobre la naturaleza, lo cual no implicaba un alejamiento de ésta, puesto que: «la cultura no es más que el desarrollo de las fuerzas humanas aplicado en la naturaleza y por la naturaleza» (Ratzel, [1885] 1888, p.13).

Posteriormente, lo que de esta nascente geografía disciplinar de cuño alemán se había sedimentado en los trabajos de Ratzel, sobre todo en la *Etnología* [1885], la *Antropogeografía* [1882-1891] y la *Geografía política* [1897], fue leído de manera diferencial desde entornos sociopolíticos en los cuales urgía definir asuntos de soberanía territorial y posiciones de poder en el campo de fuerzas internacional. En el proceso de fortalecimiento del nacionalismo alemán de principios del siglo XX, Rudolf Kjellén y Karl Haushofer hicieron funcionales estas teorías para fundamentar y aún orientar el proyecto nacional socialista (Bassin, 1987, p. 483; Klinke y Bassin, 2018, p. 56). En Estados Unidos, Ellen Churchill Semple recreó las tesis de Ratzel para explicar cómo las condiciones

medioambientales habían sido definitivas en la conformación de la historia norteamericana de origen anglosajón (Keighren, 2010); y en Inglaterra, Halford MacKinder fortaleció el sentido de una «geopolítica» centrada en el análisis de las relaciones entre el dominio específico de ciertos espacios geográficos, y el grado de poder de los imperios y las naciones en la escena internacional (Cairo, 1993, p. 199).

Otras recepciones matizaron la importancia de la geografía en las dinámicas de la historia y la política. Paul Vidal de la Blache consideró que los «hechos geográficos» ofrecían tanto limitaciones como posibilidades que eran resueltas o aprovechadas por el ingenio humano (Vidal de la Blache, 1902). Y Jean Brunhes, a quien se atribuye una de las primeras enunciaciones de la «geografía humana» como un campo específico dentro de la geografía general (Capel, 1987, p. 13), decía, a propósito de las influencias psicológicas de la geografía:

Los hombres están sujetos a la naturaleza de una manera real pero indirecta. Algunos han exagerado esta dependencia, los otros la han negado; hay un encadenamiento que, si bien es riguroso, no tiene en absoluto la fatalidad exigente de los fenómenos de la geografía física (Brunhes, 1925, p. 890).

Para el autor, las influencias del clima y el suelo no operaban de manera directa sobre las sociedades, sino a través de agentes intermedios, que iban desde los cultivos y los rebaños, pasando por las infraestructuras, hasta el organismo humano. En este sentido, el ser humano es él mismo un agente geográfico (Brunhes, [1913] 1982).

Pero por lo menos hasta finales del siglo xx, los planteamientos que prevalecieron calificaban las tesis sobre el poder de la geografía y el ambiente como propios de un determinismo geográfico, que se basaba en planteamientos pseudocientíficos y políticamente incorrectos. Entre las dos guerras mundiales, Lucien Febvre, pionero de la escuela histórica de los *Annales*, y un sujeto activo en contra del proyecto nacionalsocialista alemán, criticó duramente los planteamientos de Ratzel, calificándolos de deterministas y dogmáticos, y, apoyado en Vidal de La Blanche, propuso la tesis del «posibilismo»: el ser humano es un agente geográfico, decía, que actúa sobre la geografía terrestre, en lugar de ser influenciado o determinado por ella (Febvre, 1925, pp. 18-63). De forma semejante, Carl Sauer, desde la perspectiva de una geografía histórico-cultural, propuso que eran las opciones culturales, y no las determinaciones ambientales y geográficas, las que definían las respuestas humanas a ciertos hábitats (Sauer, 1941, p. 7). Y Richard Hartshorne (1954, p. 176) sostenía que el término «geopolítica», dado su origen «fundado en el error, la exageración y el veneno intelectual», resultaba inadecuado para designar lo que en propiedad debía ser el «análisis del poder» en el campo más amplio de la geografía política. Tal como lo identificó el primer Milton Santos ([1977] 1990, p. 43), el debate entre posibilismo y determinismo, fruto de una interpretación errada de Lucien Febvre de los planteamientos de Vidal de la Blache, solo sirvió para retardar la evolución de la geografía. Casi de manera simultánea Yves Lacoste decía: «A partir de 1945 resulta de mal tono referirse a la geopolítica» (Lacoste, ([1976] 1977), p. 10).

## 2. Del poder en el espacio, al poder del espacio

Hasta la segunda mitad del siglo xx, cuando se volvería sobre el asunto del espacio y el poder desde posturas críticas, la disciplina geográfica tomó mayoritariamente el rumbo de una ciencia neutral del espacio, una pretendida «nueva geografía» que generaba información sobre todo a escala regional, útil para servir a la administración de asuntos ambientales, económicos y urbanos, todo ello, en medio de la fisura entre una geografía física, con mayor prestigio en cuanto más cercana al modelo positivista de las ciencias exactas, físicas y naturales, y una geografía humana o social, inmersa en los cambiantes estatutos epistemológicos de las ciencias epónimas (Ortega, 2000, pp. 163-271; Peet, 1985, p. 328).

Pero que el estudio de lo espacial no se agotaba en las diversas agendas de la geografía como disciplina, se ponía de manifiesto en planteamientos que se venían generando desde principios del siglo. Por ejemplo, Georg Simmel ([1903] 2000) propuso tempranamente una sociolo-

gía del espacio; Maurice Halbwachs ([1925] 2004) incluyó el espacio como uno de los marcos en donde se efectúa la memoria social; Maurice Merleau Ponty ([1945] 1993) exploró el cuerpo como espacialidad primera de la experiencia y el conocimiento sobre el mundo; Jean Piaget y Barbel Inhelder ([1949] 1970) estudiaron la manera en que se estructuran las concepciones del espacio en la perspectiva de una psicología genética; el segundo Martin Heidegger ([1954] 1994) destacó el habitar como condición de lo humano; y Gaston Bachelard ([1957] 2000) incorporó una poética del espacio dentro de su proyecto de fenomenología.

Entre esta serie de planteamientos extradisciplinarios a la geografía, cabe destacar el de Fernand Braudel ([1949] 2001), quien se propuso desarrollar una tarea pendiente en la agenda de la escuela de los *Annales*: incorporar lo geográfico dentro de los estudios históricos. En particular, la propuesta de una geohistoria, y de una aproximación a los procesos de larga duración, alimentaron uno de los esquemas conceptuales de mayor calado en el pensamiento social de la segunda mitad del siglo xx: la teoría del sistema-mundo. Mediante las nociones de centro, semiperiferia y periferia, Immanuel Wallerstein comenzó a espacializar el análisis del cambio social, identificando el peso específico que tenía la distribución geográfica desigual del trabajo en el funcionamiento del capitalismo, con lo cual este último ya no sería solo el efecto de dinámicas históricas (Wallerstein, 1979, p. 492). Una aproximación similar, por lo menos en cuanto a la importancia concedida a centros y periferias en el comportamiento geográfico de la economía mundial, venía siendo planteada por la Teoría de la dependencia, algunos de cuyos autores más conspicuos, como Raúl Prébisch, Oswaldo Sunkel, Celso Furtado, Theotonio Dos Santos, Enrique Dussel y Fernando Henrique Cardoso, entre otros, generaron sus planteamientos en observancia de las condiciones socioeconómicas de «subdesarrollo» de Suramérica (Dos Santos, 2002).

No obstante, tanto en la teoría del sistema-mundo como en la de la dependencia, primaba un marco interpretativo de carácter histórico, en donde lo espacial constituía apenas una dimensión, definida fundamentalmente por el comportamiento de los aspectos económicos. Sería ulteriormente que, en el caso de Wallerstein, se haría justicia a un tratamiento simétrico de las categorías de espacio y tiempo (Wallerstein, 1988; 1998), y en el caso de los teóricos latinoamericanos, se haría visible que lo cultural, no solo lo económico, hacía parte fundamental del mantenimiento de las relaciones coloniales de dominación entre centro y periferia (Quijano, 1992).

Entre las décadas de 1960 y 1990 se produjo una serie importante de trabajos que, desde ámbitos teóricos muy diversos, apelaban al poder analítico o interpretativo de conceptos de espacio, lugar y región. Destacan entre ellos los de Edward Hall (1963), en perspectiva antropológica, sobre la topología de relaciones cercanas o distantes entre los seres humanos y las cosas (proxemia); de Yi Fu Tuan ([1974] 2007; 1977), en clave de una geografía humanística, sobre las percepciones, actitudes y cosmovisiones asociadas a las experiencias del espacio y el lugar; los de Michel de Certeau ([1980] 2000, p. 103 y ss.) sobre las prácticas espaciales; de Pierre Bordieu ([1979] 1998, 97 y ss.) acerca de los conceptos de *habitus* y espacio social en su teoría de la práctica, y, finalmente, las elaboraciones efectuadas por Anthony Giddens sobre el valor de los conceptos de espacio y tiempo para la teoría de la estructuración (Giddens, [1984] 1995, p. 143 y ss.) y para comprender las transformaciones sociales de la modernidad (Giddens, [1990] 1994, p. 29 y ss.).

No obstante, el tratamiento teórico y metodológico de los temas espaciales permanecía en gran medida disperso. En 1984, David Harvey, bajo la impresión de que «la geografía es demasiado importante para dejarla a los geógrafos», planteaba en un balance crítico que: «La inserción de conceptos espaciales en la teoría social aún no se ha logrado exitosamente. Incluso, cuando una teoría social que ignora las materialidades concretas de las configuraciones, relaciones y procesos geográficos carece de validez» (Harvey, 1984, p.8).

Con todo, hay que decir que, en la década de 1970, se había registrado una discontinuidad con la emergencia del interés por indagar sobre las relaciones entre espacio, conocimiento y poder, con lo cual se comenzarían a tejer las redes interdiscursivas que conforman lo que hoy son los estudios socioespaciales y las geografías del conocimiento como una de sus áreas de indagación. Revisando críticamente el campo de la geopolítica de inicios del siglo xx, Yves Lacoste declaraba categóricamente, en 1976, que: «la geografía sirve, de entrada, para hacer la guerra». Y precisaba que:

La geografía, en tanto que descripción metódica de los espacios, tanto bajo los aspectos que se ha convenido en denominar «físicos» como bajo sus características económicas, sociales, demográficas y políticas (por referirnos a una cierta división del saber), debe situarse absolutamente, en tanto que práctica y en tanto que poder, en el marco de las funciones que ejerce el aparato de Estado para el control y la organización de los hombres que pueblan su territorio y para la guerra (Lacoste, [1976] 1977, p.6).

En estos términos, la cartografía, los estudios estratégicos del terreno, el ordenamiento territorial, y la enseñanza misma de la geografía, estarían atravesados por intenciones explícitas o implícitas de dominación económica y política. Ese mismo año, Lacoste, sin duda interesado por las relaciones entre conocimiento y poder, entrevistaba a Michel Foucault, preguntando específicamente por el empleo que a menudo hacía de metáforas espaciales en sus textos. Foucault respondía:

Cuanto más avanzo, más me parece que la formación de los discursos y la genealogía del saber deben ser analizadas a partir no de tipos de conciencia, de modalidades de percepción o de formas de ideologías, sino de tácticas y estrategias de poder. Tácticas y estrategias que se despliegan a través de implantaciones, de distribuciones, de divisiones, de controles de territorios, de organizaciones de dominios que podrían constituir una especie de geopolítica, punto en el que mis preocupaciones enlazarían con vuestros métodos (Foucault, [1976] 1980, p. 124).

Más allá de la particular eficacia analítica que Foucault ([1976] 1980, p.118) reconocía en el lenguaje espacial, es posible decir que en sus trabajos el espacio se situaba en el nivel de las «condiciones políticas y económicas de existencia» que para el autor son el «suelo en que se forman el sujeto, los dominios de saber y las relaciones con la verdad» (Foucault, [1978] 1986, p. 26). En este sentido, el poder del espacio reside en su capacidad de afectar a los sujetos sociales (por supuesto, no solo a los individuos), las relaciones de poder, los discursos, y los conocimientos. Se trata de un planteamiento cercano a la apuesta de Gilles Deleuze y Félix Guattari por una geofilosofía, cuando indicaban, en contravía de una historia lineal y meramente espiritual de la filosofía, que lo que interesa es el «terreno» en el cual ésta ha conformado el conocimiento (Deleuze y Guattari, [1991] 1993, pp. 96-97). Estos planteamientos habilitaban la importancia del espacio como categoría ontológica, no sólo en la medida en que anunciaban una geografía del conocimiento desde la cual pensar «el espacio como lugar de deconstrucción de la subjetividad y de la temporalidad» (Pardo, 1992, p. 37), sino, más ampliamente, como factor estructurante de las realidades sociales. Así, la importancia ontológica del espacio estriba en que, más que ser una dimensión del mundo, es una condición de posibilidad para conocerlo, mientras que su importancia epistemológica remite a las maneras en que es posible conocerlo (Jones y Woodward, 2009a; 2009b).

Es así que en perspectiva histórica, a la tesis del poder *en* el espacio, enfatizada por las propuestas posibilistas y otras aproximaciones de la geografía humana y cultural que durante el siglo xx destacaron la capacidad humana de domesticar, intervenir, modificar, producir e incluso destruir espacios (cf. Brunhes, 1925, p. 443), se ha sumado más recientemente, la tesis del poder *de* los espacios, ya vislumbrada en las geografías del siglo xix, pero de una forma tal que llevó a su cancelación, dada su relación perversa con proyectos políticos totalitarios, y su calificación como determinismo geográfico.

### 3. La producción del espacio y las geografías del conocimiento

La relación, *de ida y de vuelta*, entre espacio y poder, fue advertida con particular claridad por parte de Henri Lefebvre en sus trabajos sobre la *Revolución urbana* ([1970] 1972) y la *Producción del espacio* ([1974] 2013). Retrabajando la economía política de Marx, propuso que el espacio pre-existe como condición de las relaciones sociales de producción, a la vez que es el resultado de

modos de producción específicos. El espacio es, entonces, producción, no principalmente en el sentido de ser un resultado o una mercancía, sino en el de ser tanto productor como producto de lo social. Para comprender esta dialéctica, propuso una «triada espacial», que le permitió comprender, a la vez que criticar, el por qué los discursos sobre el espacio suelen escindirse entre espacios físicos (percibidos) y mentales (concebidos), dejando escapar la dimensión de lo vivido, que es en la cual, cotidianamente, los sujetos son afectados por determinadas espacialidades (notablemente aquellas que sirven a la reproducción de las desigualdades propias del capitalismo), pero también, desde la cual pueden modificar y crear nuevas espacialidades, para transformar sus condiciones de vida (Lefebvre, [1974] 2013).

Pese a no provenir de una geografía disciplinar, las elaboraciones de Lefebvre han tenido un impacto enorme en ese campo, pero, además, en los estudios urbanos y territoriales, la arquitectura y las ciencias sociales y humanas en general (Elden, 2004, p. 5). Son de destacar aquí, por la resonancia que dieron a las tesis de Lefebvre, pero también por sus propios aportes a la teoría espacial, los estudios de David Harvey y Edward Soja. El primero se propuso avanzar en una reevaluación y ajuste de las teorías y métodos del urbanismo desde la ontología y la epistemología del materialismo dialéctico (Harvey, [1973] 1977), lo que a la larga llevaría a la elaboración de una teoría del materialismo histórico-geográfico aplicada al estudio de la manera en que el capitalismo resuelve sus crisis mediante una «compresión espacio-temporal» (Harvey, 1989, p. 240). Por su parte, Soja (1989) emprendió una lectura crítica del pensamiento moderno, que, habiéndose centrado en las cuestiones del tiempo y lo social, obliteró o puso en segundo plano la importancia del espacio. En ambos casos, la triada lefebvriana motivó la exposición de posibles salidas políticas al régimen espacio temporal del capitalismo, como son los espacios de esperanza (Harvey, 2000) y el tercer espacio (Soja, 1996).

Otras elaboraciones críticas de la teoría marxista activaron líneas de trabajo que fortalecieron la ontología del espacio, a la vez que hicieron visibles aportes originales efectuados desde lugares que hasta entonces figuraban poco o nada en la cartografía convencional de producción de teoría: por una parte, el conocimiento producido desde el Sur Global, y concretamente en América Latina: por otra, el generado por las mujeres. El inicio de estas aperturas se puede ver con particular nitidez en los contenidos de la revista *Antipode*, enfocada inicialmente en una geografía radical (Stea, 1969). En 1977 incluyó artículos de autores del «tercer mundo», a propósito de repensar la categoría marxista de formación económico social (Santos y Peet, 1977). Participaron economistas, arquitectos y geógrafos latinoamericanos, informados por la teoría de la dependencia e interesados en explorar las dimensiones espaciales de la planeación del desarrollo (especialmente Barrios, 1977; Coraggio, 1977; y Santos, 1977). El texto a cargo de Milton Santos proponía hablar de Formación Económica, Social y Espacial, lo que en su concepto permitía superar la oposición hombre-naturaleza, al reconocer que el espacio, entendido como «segunda naturaleza», es a la vez condición y efecto de los modos de producción que se concretan en específicas formaciones sociales y económicas (Santos, 1977).

Es de destacar que, para Santos, el espacio es, por excelencia, materia trabajada, al igual que un sistema de acciones y objetos, planteamientos que se pueden considerar pioneros en el tratamiento integrado de las categorías de espacio y materialidades. Específicamente, proponía el estudio de los objetos técnicos como estrategia para abordar de manera concreta un asunto que en principio se presenta como excesivamente abstracto: los vínculos entre espacio y tiempo (Santos, [1996] 2000). Ya en sus escritos tempranos, planteaba el autor «Los modos de producción escriben la Historia en el tiempo, las formaciones sociales la escriben en el espacio» (Santos, 1977, p. 7). Como se ve, al igual que Lefebvre y Harvey, en la tarea de espacializar el materialismo histórico, no dejó de lado la cuestión del tiempo y la historia, perspectiva que conduce a la categoría de espacio-tiempo. Pero hablar de *espacio-tiempo*, no puede ser el resultado de una simple operación de adición. Requiere de un «pensamiento espacial crítico» (Soja, 1996, p. 15), que, en lugar de llevar a un determinismo espacial, permita restituir al espacio un papel activo en la teoría social, lo cual implica una crítica a la preponderancia que han tenido las categorías temporales en el pensamiento de la modernidad, incluido el marxismo (Foucault, [1967] 1984, p. 46; Harvey, 1989, p. 201; Lacoste, [1976] 1977, p. 43; Pardo, 1992). Así, más que de una geografía histórica, se trata de una *geografía del tiempo* (Thrift, 1996).

Ahora bien, los trabajos de Santos, en tanto actualización crítica de los vínculos históricos entre la geografía brasileña y la academia francesa (Capel, 2002), y más ampliamente como antecedente relevante para la construcción de lo que recientemente se propone denominar las geografías críticas latinoamericanas (Zaragocín, Moreano y Álvarez, 2018) o la «explosión de la espacialidad y el territorio» en el pensamiento latinoamericano (Lindon y Hiernaux, 2006, p. 9), resultan muy sugerentes acerca de la transformación de la cartografía misma de las teorías sobre el espacio. En este caso, como sucede en la mayoría de los campos académicos de conocimiento, los centros metropolitanos de generación de teoría y metodología han estado localizados, por lo general, en el norte global (Europa occidental y el mundo anglosajón), una cuestión que ha sido caracterizada y denunciada por las teorías poscoloniales y decoloniales bajo el rubro de «geopolítica del conocimiento» (Mignolo, 2002).

Esta última problemática hace parte de las *geografías del conocimiento*, que ampliamente están dirigidas a comprender cómo funcionan las relaciones entre espacio, conocimiento y poder. Como puede advertirse, se trata de la derivación de un enunciado básico de la ontología del espacio como producción: dado que las espacialidades no son solo producto sino también condición de lo social, por lo tanto, también pueden ser condición de las prácticas de conocimiento (Piazzini, 2015). Así entendidas, las geografías del conocimiento contemplan diferentes espacios, en donde se generan, recrean o reproducen conocimientos, y entre las cuales estos circulan: desde los cuerpos, pasando por los lugares, incluidas las arquitecturas, hasta estados y regiones nacionales e internacionales (Agnew, 2007; Hinchliffe, 1996; Livingstone, 2003; Thrift, 1996); localizaciones y redes que operan de forma multiescalar, llegando a transgredir la rígida jerarquía de escalas de la imaginación geográfica moderna (local, regional, nacional e internacional, en estricto orden), al igual que el esquema binario entre lo global y lo local, los centros y las periferias (Marston, 2000; Swingedow, 1997).

Ahora bien, los sentidos de circulación y las formas de recepción de conocimiento en y entre estos espacios, se encuentran a menudo regidos por imaginarios geográficos que otorgan, a priori, más o menos autoridad a los conocimientos generados en determinados lugares, lo cual constituye, en propiedad, la geopolítica del conocimiento. Así, en virtud de la adopción de sentidos teleológicos de la historia como civilización, progreso, y más tarde, desarrollo, actuaba el principio de «negación de la contemporaneidad», según el cual, se otorgaba mayor o menor importancia a la capacidad de acción de los grupos sociales, según se hallaran más o menos cercanos al curso principal de la Historia y a los lugares centrales del proyecto moderno (Fabian, 1983). De tal forma que, pese a la prohibición de mezclar ciencia y política, una geopolítica del conocimiento geográfico ha operado de manera funcional a la edificación y mantenimiento de una jerarquía espacial de «mejores» y «peores» lugares en el mundo (Ó Tuathail, 1994, p. 260).

Una dimensión relevante de las geografías del conocimiento se refiere al funcionamiento del poder sobre y desde los espacios femeninos; en especial, sobre los cuerpos de las mujeres, y sobre el conocimiento de esos cuerpos y desde esos cuerpos. Como se anticipó, en algunos de los primeros números de la revista *Antipode*, también se publicaron artículos a cargo de autoras que proponían tempranamente una geografía feminista o que más tarde se sumaría a la iniciativa (por ejemplo, Breitbart, 1972; Burnett, 1973; Hayford, 1974; Massey, 1973). A partir de entonces, las geografías feministas se irían consolidando como un campo académico y de activismo político (Massey, 1994; McDowell, 2000; Rose, 1993), en el que se reconocen la interseccionalidad, la diferencia y particularidad de las condiciones y apuestas de las mujeres en diversas localizaciones (Lugones, 2008; Roth, 2017), incluyendo una presencia creciente de planteamientos desde Latinoamérica (Ibarra y Escamilla, 2016; Viveros, 2013; Zaragocín, Moreano y Álvarez, 2018). Más allá del ámbito disciplinar de la geografía, los aportes feministas a las teorías del espacio son numerosos, pero resulta prioritario indicar brevemente, por sus implicaciones para la comprensión de las geografías del conocimiento, lo referente a la teoría del punto de vista y el concepto de conocimiento situado.

La crítica feminista a los discursos y prácticas del conocimiento científico y su relación con sistemas patriarcales, hegemónicos y excluyentes llevó a indagar por las formas de conocimiento femeninas. Ello en una perspectiva que no debía conducir a un relativismo epistemológico (el punto de vista de las mujeres, como una más), sino a la apuesta por nuevas formas de objetividad, basadas en el planteamiento de que todo conocimiento es parcial (Harding, 1993;

Hartsock, 1983). La clave estaba en la «ventaja científica y epistémica» que se puede derivar del punto de vista de los sujetos subalternos, en particular de las mujeres: «La subyugación de la actividad sensual, concreta y relacional de las mujeres les permite captar aspectos de la naturaleza y de la vida social inaccesibles a las investigaciones basadas en las actividades características de los hombres» (Harding, 1996, p. 129). Es así como, en lugar de adoptar la «mirada desde ninguna parte», promulgada por la objetividad positivista, se proponen «conocimientos situados», resultado del diálogo reflexivo y crítico entre diversos puntos de vista (Haraway, 1988; Rose, 1997). Estas tesis advierten, como aquellas de Foucault, Deleuze y Guattari, una relación estrecha entre espacio, conocimiento y poder, con especial referencia a los cuerpos. Pero, además, contribuyen a comprender cómo funciona el sistema de pensamiento dicotómico de la ciencia moderna, para proponer, en su lugar, que las sensibilidades y las emociones, más que constituir obstáculos, pueden hacer parte activa de los procesos de producción de conocimiento. Así mismo, que en la relación sujeto cognoscente-sujeto/objeto de conocimiento, este último no es una entidad pasiva.

Estos planteamientos encuentran algunos puntos importantes de coincidencia con elaboraciones derivadas de los estudios de la ciencia y la tecnología (STS), para rebatir las fronteras decretadas por la ciencia y la política, entre lo social y lo natural, lo humano y lo no humano (Haraway, 1995; Latour, 2005). Emergen así nuevos enfoques, como los análisis espaciales apoyados en la teoría de redes y actores (Law y Hetherington, 2000; Murdoch, 1998), y las geografías híbridas (Whatmore, 2002), orientadas hacia un modelo no antropocéntrico de ciencia (enfoque más que humano o transhumano). Un campo de elaboraciones adyacente, corresponde a aquellas aproximaciones a las cosas, los objetos, los artefactos, las infraestructuras, en fin, las materialidades, entendidas, no solamente como recursos, instrumentos o medios para satisfacer necesidades o intenciones humanas, sino como entidades que juegan un papel activo, incluso de poder y agencia en la constitución de la vida social (Appadurai, 1991; Bennet, 2000; Coole y Frost, 2010; Hicks y Beaudry, 2010; Knappett y Malafouris, 2008; Kopitoff, 1991; Miller, 2005; Star, 1999). Consecuentemente, se ha venido incorporando el tratamiento de las materialidades como parte fundamental de la comprensión de los procesos de producción del espacio (Cook y Tolia-Kelly, 2010; Jackson, 2000; Whatmore, 2006).

Desde estas perspectivas, la pregunta por el poder en/del espacio ya no podría ser respondida partiendo de una concepción de la política exclusivamente remitida al dominio de los seres humanos, como tampoco del espacio como entidad natural pasiva y dada. Frente a problemáticas contemporáneas como el cambio climático y la contaminación, la historia del *poder en el espacio* ya no es la del triunfo de la voluntad, la conciencia y el lenguaje humanos sobre la geografía y la materia, sino la de un largo proceso de producción, consumo y desecho de espacios y artefactos, que se traduce en la proliferación de ruinas y basuras; mientras que *el poder de los espacios*, ya no se refiere a la «influencia» (esa noción tan imprecisa para aplicar al efecto o incidencia) determinante de relieves, suelos, y climas en la distribución de razas, nacionalidades, sistemas políticos y conocimientos, sino a la manera rotunda en que primeras y segundas naturalezas «contradicen» las voluntades humanas y ponen en riesgo su existencia.

En consecuencia, resulta pertinente indicar una diferencia, aparentemente sutil, entre los enunciados de construcción y producción del espacio. Como ha ocurrido en muchos ámbitos del pensamiento social (Hacking, 1999), es frecuente encontrar el planteamiento según el cual el espacio es una *construcción social*, con lo cual se quiere marcar una diferencia frente a concepciones que han enfatizado en la dimensión biofísica de la geografía. Pero como ha indicado Doreen Massey (1992, p. 70), «lo social y lo espacial son inseparables», pero de una forma que la frase muy frecuente de que *lo espacial es una construcción social*, no permite comprender en toda su magnitud. Ésta sólo supone que lo espacial es un resultado de lo social humano, pero no que «la sociedad es necesariamente construida espacialmente». En este sentido, ni el espacio social ni el territorio podrían ser reducidos a ser el resultado de una *humanización del espacio*.

#### 4. Del giro a la ontología espacial

Durante los últimos años, es cada vez más frecuente encontrar en la literatura académica la expresión *giro espacial* (por ej., Cosgrove, 2004; Löw, 2013; Warf y Arias, 2009), haciendo parte de una retórica más amplia que suele simplificar las discontinuidades en varios campos del saber, calificándolas de giros (histórico, lingüístico, cultural, material, performativo, poscolonial, etc.). El término giro espacial, y su par, giro topológico, pueden generar la impresión de que se trata simplemente de la adición de otro punto de vista en la tarea de dar cuenta de un mismo objeto de estudio. Sin embargo, es necesario precisar que los giros implican cambios de perspectiva, introducción de nuevos focos de aproximación, ruptura con cánones teóricos y metodológicos previos, y, sobre todo, apertura de nuevos campos de indagación que atraviesan tradicionales fronteras disciplinares (Bachman, 2016, p. 1). En particular, los estudios socioespaciales no emergen como una sofisticación intelectual, sino como un diagnóstico problemático del presente. Cabe recordar a este propósito la ya clásica percepción de Michel Foucault de estar viviendo el tránsito, desde una «edad de la historia» a una «época del espacio»:

La gran obsesión que tuvo el siglo XIX fue, como se sabe, la historia: temas del desarrollo y de la interrupción, temas de la crisis y del ciclo, temas de la acumulación del pasado, gran sobrecarga de los muertos, enfriamiento amenazante del mundo. En el segundo principio de la termodinámica el siglo XIX encontró lo esencial de sus recursos mitológicos. La época actual quizá sea sobre todo la época del espacio. Estamos en la época de lo simultáneo, estamos en la época de la yuxtaposición, en la época de lo próximo y lo lejano, de lo uno al lado de lo otro, de lo disperso. Estamos en un momento en que el mundo se experimenta, creo, menos como una gran vida que se desarrolla a través del tiempo que como una red que une puntos y se entreteje (Foucault, [1967] 1984, p. 46).

Percepción que llevó a Frederic Jameson (1991, p. 154) a hablar de que se producía un «giro espacial» concomitante con el advenimiento de la posmodernidad, diagnóstico que actualizó posteriormente, de la siguiente manera:

He mencionado la preponderancia del espacio sobre el tiempo en el capitalismo tardío. La conclusión política que debemos extraer de esta evolución es evidente: en concreto, que en nuestra época toda la política trata de la propiedad inmobiliaria, desde el arte de gobernar más elevado hasta las maniobras más baladíes en busca de ventajas locales. La política posmoderna es esencialmente una cuestión de apoderamiento de tierras, tanto a escala local como global. Ya se trate de Palestina o de la gentrificación y zonificación en las pequeñas ciudades de Estados Unidos, lo que está en cuestión es esa cosa peculiar e imaginaria llamada propiedad privada de la tierra. La tierra no es sólo objeto de pugna entre las clases, entre ricos y pobres; define su propia existencia y la separación entre ellas. El capitalismo comenzó con los cercamientos y con la ocupación de los imperios azteca e inca; y está finalizando con los desahucios y la desposesión, con la multiplicación de los sintecho tanto individuales como colectivos, y con el desempleo dictado por la austeridad y la deslocalización, y el abandono de fábricas y cinturones industriales. Ya se piense en los asentamientos y los campos de refugiados, algunos de los cuales duran ya décadas, o de la política de las materias primas y la extracción; ya se piense en la desposesión de campesinos para dejar lugar a parques industriales, o en la ecología y la destrucción de los bosques tropicales; ya se piense en las legalidades abstractas del federalismo, la ciudadanía y la inmigración, o en la política de la renovación urbana y el crecimiento de los bidonvilles, favelas y barrios de chabolas, por no hablar de los grandes movimientos de los campesinos sin tierra o de Occupy, hoy todo tiene que ver con la tierra. A largo plazo, todas esas luchas resultan de la mercantilización de la tierra y la revolución verde en todas sus formas: la disolución de los últimos restos del feudalismo y su campesinado, su sustitución por la agricultura industrial y los agronegocios y la transformación de los campesinos en trabajadores agrícolas asalariados, junto con su destino final como ejército de reserva de los desempleados en la agricultura (Jameson, 2015, p. 139).

Atravesado por un concepto de «la tierra» que habría que ampliar para significar mucho más que un sustrato biofísico y un recurso, el diagnóstico de Jameson permite en todo caso captar la magnitud de la importancia de las dinámicas espaciales en los procesos del mundo contemporáneo, de tal forma que se trata de algo más que el advenimiento de un nuevo giro.

En todo caso, entre los diferentes giros no necesariamente operan relaciones de afinidad, sino que se pueden generar tensiones conceptuales. Así, el giro histórico no siempre ha implicado un tratamiento simétrico de las categorías de espacio y tiempo (Soja, 1989, p. 10). O desde el giro lingüístico, pueden resultar incómodos los límites al lenguaje y a las prácticas discursivas que se han indicado desde la teoría del espacio como producción (Lefebvre, [1974] 2013, p. 119). Lo propio ocurre en cuanto al giro cultural respecto de la crítica que, desde los estudios de la técnica y el espaciotiempo, se han efectuado a las «representaciones» como ámbito en el cual, por excelencia, se relacionarían humanos y no humanos (Latour, 2005; Thrift, 1996). Así mismo, una genealogía de las tesis fundamentales que han conformado los estudios socioespaciales, indica que no todas ellas podrían inscribirse dentro de lo que, en general, se entiende como pensamiento posmoderno (Lyotard, [1979]1997), al cual Jameson (1991) quiso adscribir el giro espacial. Tal vez más acertado resulte indicar entonces que de lo que se trata, más que de un giro, es de una «reinserción» crítica de lo espacial en el pensamiento contemporáneo (Lévy, 1999; Soja, 1989), generando así una nueva ontología del espacio.

## Conclusión

En este artículo se ha querido mostrar cómo desde la interpretación temprana de las relaciones entre geografía y sociedad, se dibujaba ya la pregunta crucial por el poder en/de los espacios, que sigue siendo vigente, en un mundo en el que, atravesado por crisis y conflictos ambientales, creciente urbanización, exacerbación de las fronteras, viejas y nuevas guerras y tensiones geopolíticas, reconfiguración de las jerarquías escalares, y movimientos masivos de población, apremian respuestas sobre el devenir común de los humanos y el planeta. Esa pregunta fue a menudo respondida tomando partido por un determinismo geográfico o ambiental, o por un posibilismo centrado en los logros humanos. Del primero se heredó la naturalización del concepto de territorio para referirse a aquel sustrato geofísico sobre el cual los estados e imperios sustentan su soberanía y adquieren su particular fisionomía; del segundo, la idea de que la naturaleza y la geografía están bajo el imperio de los seres humanos, y que de alguna manera son su construcción, incluyendo la muy extendida percepción según la cual el territorio se construye socialmente. Estas maneras de concebir el lugar del espacio en las relaciones de poder siguen gravitando en una parte importante de las aproximaciones contemporáneas a la geopolítica y más ampliamente a los estudios socioespaciales.

Resulta pertinente volver críticamente sobre esos planteamientos acerca del poder en/de los espacios, en busca de claves que permitan argumentar sólidamente y afianzar la *sensibilidad geográfica* en la comprensión de los procesos pretéritos y presentes, valorando a los humanos como *agentes geográficos* desde una perspectiva que ya no puede simplemente ser culturalista y posibilista, para contribuir al establecimiento de una nueva *alianza* con la naturaleza y la tecnología. En esta tarea, urge adoptar una perspectiva de la geopolítica que se desmarque de concepciones del espacio que se han centrado en su carácter de entidad natural o dada, de su condición de extensión cartesiana, o de soporte, contenedor o escenario biofísico sobre el cual se desenvuelven las dinámicas sociales. Pero también, de aquellas otras posturas que han considerado el espacio como simple re-presentación simbólica, o como mero reflejo de estructuras y prácticas económicas, políticas y culturales, de las cuales sería un epifenómeno. Por el contrario, el espacio es producto concreto de procesos geohistóricos, a la vez que factor dinámico en la conformación de las realidades ambientales y sociales, incluso de los procesos de generación de conocimiento.

## Referencias bibliográficas

- Agnew, J. (2002). *Making Political Geography*. Londres: Arnold.
- Agnew, J. (2007). Know-Where: geographies of knowledge of world Politics. *International Political Sociology*, 1(2), 138-148.
- Appadurai, A. (1991). Las mercancías y la política del valor. En A. Appadurai (Ed.), *La vida social de las cosas: perspectiva cultural de las mercancías* (pp. 17-87). México: Grijalbo.
- Bachelard, G. (2000). *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica [ed. original 1957].
- Bachman, D. (2016). *Cultural turns: new orientations in the study of culture*. Berlín: Walter de Gruyter.
- Barrios, S. (1977). Political Practice and Space. *Antipode*, 9(1), 36-39.
- Bassin, M. (1987). Imperialism and the nation state in Friedrich Ratzel's political geography. *Progress in Human Geography*, 11(4), 473-495.
- Bennet, J. (2000). *Vibrant matter: a political ecology of things*. Durham: Duke University Press.
- Bourdieu, P. (1998). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus [ed. original 1979].
- Braudel, F. (2001). *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. México: Fondo de cultura económica [ed. original 1949].
- Breitbart, M. (1972). Advocacy in planning and geography. *Antipode*, 4(2), 64-68.
- Brunhes, J. (1982). El carácter propio y el carácter complejo de los hechos de geografía humana. En J. Gómez Mendoza, J. Muñoz Jiménez y N. Ortega Cantero (Eds.), *El pensamiento geográfico* (pp. 252-266). Madrid: Alianza Editorial [ed. original 1913].
- Brunhes, J. (1925). *La géographie humaine. II Monographies. Liaisons avec les disciplines voisines*. París. Felix Alcan.
- Bunzl, M. (1996). Franz Boas and the Humboldtian Tradition: from Volksgeist and Nationalcharakter to an Anthropological Concept of Culture II. En G. Stocking (Ed.), *Volksgeist as Method and Ethic: Essays on Boasian Ethnography and the German Anthropological Tradition* (pp. 17-78). Madison: University of Wisconsin Press.
- Burnett, P. (1973). Social change, the status of women and models of city form and development. *Antipode*, 5(3), 57-62.
- Buttimer, A. (2001). Beyond Humboldtian science and Goethe's Way of Science: Challenges of Alexander von Humboldt's geography (Jenseits Humboldtianischer Wissenschaft Und Goethes Wissenschaftsverständnis: Herausforderungen Der Geographie Alexander von Humboldts). *Erdkunde*, 55(2), 105-120.
- Cairo, H. (1993). Elementos para una geopolítica crítica: tradición y cambio en una disciplina maldita. *Ería: Revista cuatrimestral de geografía*, (32), 195-213.
- Capel, H. (1987). *Geografía humana y ciencias sociales. Una perspectiva histórica*. Barcelona: Montesinos Editor.
- Capel, H. (2002). Continuar y superar a Milton Santos. *Scripta Nova*, 6(124). Recuperado de <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-124.htm>
- Certeau, M. de (2000). *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana [ed. original 1980].
- Cook, I., y Tolia-Kelly, D. (2010). Material geographies. En D. Hicks y M. Beaudry (Eds.), *The Oxford Handbook of Material Culture Studies* (pp. 99-122). Oxford: Oxford University Press.
- Coole, D., y Frost, S. (2010). *New Materialisms: ontology, agency, and politics*. Durham: Duke University Press.
- Coraggio, J. L. (1977). Social Forms of Space Organization and their Trends in Latin America. *Antipode*, 9(1), 14-27.
- Cosgrove, D. (2004). Landscape and Landschaft. *GHI Bulletin*, (35), 57-71.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1993). *¿Qué es filosofía?* Barcelona: Anagrama [ed. original 1991].
- Dos Santos, T. (2002). *La Teoría de la dependencia balance y perspectivas*. México: Plaza & Janés Editores.
- Elden, S. (2004). *Understanding Henri Lefebvre. Theory and the Possible*. Londres: Continuum.
- Fabian, J. (1983). *Time and the other. How anthropology makes his object*. Nueva York: Columbia University Press.
- Febvre, L. (1925). *La tierra y la evolución humana: introducción geográfica a la historia*. Barcelona: Editorial Cervantes.

- Foucault, M. (1980). *Microfísica del poder*. Madrid: Las Ediciones de La Piqueta [ed. original 1976].
- Foucault, M. (1984). Des espaces autres. *Architecture, Mouvement, Continuité*, (5), 46-49 [ed. original 1967].
- Foucault, M. (1986). *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Gedisa [ed. original 1978].
- Giddens, A. (1994). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Universidad [ed. original 1990].
- Giddens, A. (1995). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu Editores [ed. original 1984].
- Hacking, I. (1999). *The Social Construction of What?* Harvard: Harvard University Press.
- Halbwachs, M. (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona: Anthropos Editorial [ed. original 1925].
- Hall, E. (1963). Proxemics - The study of man's spatial relations and boundaries. En *Man's image in medicine and anthropology* (pp. 422-445). Nueva York: International Universities Press.
- Haraway, D. (1988). Situated knowledges: The science question in feminism and the privilege of partial perspective. *Feminist Studies*, 14(3), 575-599.
- Harding, S. (1993). Rethinking Standpoint Epistemology: What is 'Strong Objectivity'? En L. Alcoff y E. Potter (Eds.), *Feminist Epistemologies* (pp.49-82). Nueva York: Routledge.
- Harding, S. (1996). *Ciencia y Feminismo*. Madrid: Ediciones Morata.
- Hartshorne, R. (1954). Political Geography. En P. E. James y C. F. Jones (Eds.), *American Geography, Inventory and Prospect* (pp. 167-225). Syracuse: Syracuse University Press.
- Hartsock, N. (1983). The Feminist Standpoint: developing the ground for a specifically feminist historical materialism. En S. Harding y M. Hintikka (Eds.), *Discovering reality: feminist perspectives on metaphysics, epistemology, methodology and philosophy of Science* (pp. 283-310). Dordrecht: Reidel.
- Harvey, D. (1977). *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid: Siglo XXI [ed. original 1973].
- Harvey, D. (1984). On the history and present condition of geography: an historical materialist manifesto. *The Professional Geographer*, 36(1), 1-11.
- Harvey, D. (1989). *The condition of postmodernity. An Enquiry into the Origins of Cultural Change*. Cambridge: Blackwell.
- Harvey, D. (2000). *Spaces Of Hope*. Edinburgo: Edinburgh University Press.
- Hayford, A. (1974). The geography of women: an historical introduction. *Antipode*, 6(2), 1-19.
- Heidegger, M. (1994). Construir, habitar, pensar. En *Conferencias y artículos*. Barcelona: Serbal [ed. original 1954].
- Hicks, D., y Beaudry, M. C. (Eds.). (2010). *The Oxford handbook of material culture studies*. Oxford: Oxford University Press.
- Hinchliffe, S. (1996). Technology, power, and space—the means and ends of geographies of technology. *Environment and Planning D: Society and Space*, 14(6), 659-682.
- Humboldt, A. von, y Bonpland, A. (1805). *Essai sur la géographie des plantes; accompagné d'un tableau physique des régions équinoxiales, fondé sur des mesures exécutées, depuis le dixième degré de latitude boréale jusqu'au dixième degré de latitude australe, pendant les années 1799, 1800, 1801, 1802 et 1803*. París: Chez Levrault, Schoell et Compagnie, Libraires.
- Ibarra, M., y Escamilla, I. (Coords.). (2016). *Geografía feminista de diversas latitudes: orígenes, desarrollo y temática contemporáneas*. México: UNAM.
- Jackson, P. (2000). Rematerializing social and cultural geography. *Social & Cultural Geography*, 1(1), 9-14.
- Jameson, F. (1991). *Postmodernism, or the cultural logic of late capitalism*. Durham. Duke University Press.
- Jameson, F. (2015). La estética de la singularidad. *New Left Review*, (92), 129-161.
- Jones, J. P., y Woodward, K. (2009a). Epistemology. En D. Gregory, R. Johnston, G. Pratt, M. Watts y S. Whatmore (Eds.), *The Dictionary of Human Geography* (pp. 206-208). Chichester: Wiley-Blackwell.
- Jones, J. P., y Woodward, K. (2009b). Ontology. En D. Gregory, R. Johnston, G. Pratt, M. Watts y S. Whatmore (Eds.), *The Dictionary of Human Geography* (pp. 511-513). Chichester: Wiley-Blackwell.

- Keighren, I. (2010). *Bringing geography to book: Ellen Semple and the reception of geographical knowledge*. Londres: I. B. Taurus.
- Klinke, I., y Bassin, M. (2018). Introduction: Lebensraum and its discontent. *Journal of Historical Geography*, 61, 53-58.
- Knappett, C., y Malafouris, L. (Eds.), (2008). *Material agency. Towards a non-anthropocentric Approach*. Nueva York: Springer.
- Kopytoff, I. (1991). La biografía cultural de las cosas: la mercantilización como proceso. En A. Appadurai (Ed.), *La vida social de las cosas. Perspectiva Cultural de las Mercancías* (pp. 89-122). México: Grijalbo.
- Lacoste, Y. (1977). *La geografía, un arma para la guerra*. Barcelona: Anagrama [ed. original 1976].
- Latour, B. (2005). *Reassembling the Social: An Introduction to Actor-Network-Theory*. Oxford: Oxford University Press.
- Law, J., y Hetherington, K. (2000). Materialities, spatialities, globalities. En J. Bryson, P. Daniels, N. Henry y J. Pollard (Eds.), *Knowledge, space, economy* (pp. 34-49). Londres: Routledge.
- Lefebvre, H. (1972). *La revolución urbana*. Madrid: Alianza Editorial [ed. original 1970].
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing [ed. original 1974].
- Lévy, J. (1999) *Le tournant géographique*. Paris: Belin.
- Lindon, A., y Hiernaux, D. (2006). Introducción. La geografía humana: un camino a recorrer. En A. Lindon y D. Hiernaux (Dirs.), *Tratado de Geografía Humana* (pp. 7-24). México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Livingstone, D. (2003) *Putting Science in its place: geographies of Scientific Knowledge*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Löw, M. (2013). O spatial turn: para uma sociologia do espaço. *Tempo Social*, 25(2), 17-34.
- Lugones, M. (2008). Colonialidad y Género. *Tabula Rasa*, (9), 73-101.
- Lyotard, J. F. (1997). *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*. Madrid: Cátedra [ed. original 1979].
- Marston, S. (2000). The social construction of scale. *Progress in Human Geography*, 24(2), 219-242.
- Massey, D. (1973). Towards a critique of industrial location theory. *Antipode*, 5, 33-39.
- Massey, D. (1984). Introduction: Geography matters. En D. Massey y J. Alley (Eds.), *Geography Matters! A reader* (pp. 1-11). Cambridge: Cambridge University Press.
- Massey, D. (1992). Politics and Space/Time. *New Left Review*, (196), 65-84.
- Massey, D. (1994). *Space, place, and gender*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- McDowell, L. (2000). *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*. Madrid: Ediciones Catedra.
- Merleau-Ponty, M. (1993). *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Planeta-Agostini [ed. original 1945].
- Mignolo, W. (2002). The geopolitics of knowledge and the colonial difference. *South Atlantic Quarterly*, 101(1), 56-96.
- Miller, D. (2005). Materiality: an introduction. En D. Miller (Ed.), *Materiality* (pp. 1-50). Durham: Duke University Press.
- Minguet, C. (2003). *Alejandro de Humboldt historiador y geógrafo de la América Española (1799-1804)*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Murdoch, J. (1998). The spaces of actor-network theory. *Geoforum*, 29(4), 357-374.
- Ó Tuathail, G. (1994). Problematizing geopolitics: survey, statesmanship and strategy. *Transactions of the Institute of British Geographers*, 19(3), 259-272.
- Ortega, J. (2000). *Los horizontes de la geografía. Teoría de la geografía*. Barcelona: Ariel.
- Pardo, J. L. (1992). *Las formas de la exterioridad*. Valencia: Pretextos.
- Peet, R. (1985). *The social origins of environmental determinism*. *Annals of the Association of American Geographers*, 75(3), 309-333.
- Piaget, J., e Inhelder, B. (1970). *La representación del espacio en el niño*. Buenos Aires: Paidós [ed. original 1949].
- Piazzini, E. (2015). Sobre espacios, conocimiento y poder: para las geografías del conocimiento. En M. T. Arcila (Ed.), *Pensamiento Crítico Latinoamericano. Homenaje a Hernán Henao Delgado* (pp. 42-60). Medellín: Tragaluz Editores.

- Pratt, M.L. (1992). *Imperial eyes: travel writing and transculturation*. Nueva York: Routledge.
- Quijano, A. (1992). Colonialidad y modernidad-racionalidad. En H. Bonilla (Comp.), *Los Conquistados. 1492 y la población indígena de las Américas* (pp. 437-449). Quito: FLACSO / Ediciones Libri Mundi.
- Ratzel, F. (1882-1891). *Anthropogeographie. 2 vols. I: Grundzüge der Anwendung der Erdkunde auf die Geschichte, II: Die Geographische Verbreitung des Menschen*. Stuttgart: J. Engelhorn.
- Ratzel, F. (1888). *Las razas humanas* (Vol. 1). Barcelona: Montaner y Simón [ed. original 1885].
- Ratzel, F. (2011). Las leyes del crecimiento espacial de los Estados. Una contribución a la Geografía Política científica. *Geopolítica(s)*, 2(1), 135-156 [ed. original 1896].
- Ratzel, F. (1897). *Politische Geographie*. Munich: Oldenbourg.
- Ratzel, F. (2018) Lebensraum: a biogeographical study. *Journal of Historical Geography*, 61, 59-80 [ed. original 1901].
- Ritter, K. (1988). La organización del espacio en la superficie del Globo y su función en el desarrollo histórico. En J. Gómez Mendoza, J. Muñoz Jiménez y N. Ortega Cantero (Eds.), *El pensamiento geográfico. Estudio interpretativo y antología de textos (De Humboldt a las tendencias radicales)* (pp. 168-172). Madrid: Alianza Textos [ed. original 1850].
- Rose, G. (1993). *Feminism and geography: the limits to geographical knowledge*. Cambridge: Polity Press.
- Rose, G. (1997). Situating knowledges: positionality, reflexivities and other tactics. *Progress in Human Geography*, 21(3), 305-320.
- Roth, J. (2017). *Feminism Otherwise. Intersectionality beyond Occidentalism*. *InterDisciplines*, 8(2), 97-122.
- Santos, M. (1977). Society and space: social formation as theory and method. *Antipode*, 1(9), 3-13.
- Santos, M. (1990) *Por una geografía nueva*. Madrid: Espasa-Calpe [ed. original 1977].
- Santos, M. (2000) *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*. Barcelona: Editorial Ariel [ed. original 1996].
- Santos, M., y Peet, R. (1977). Introduction. *Antipode*, 9(1), 1-3.
- Sauer, C. (1941). Forward to Historical Geography. *Annals of the Association of American Geographers*, 31(1), 1-24.
- Sauer, C. (1969). The Morphology of Landscape. En J. Leighly (Ed.), *Land and life: a selection from the writings of Carl Ortwin Sauer* (pp. 296-315). Berkeley: University of California Press [ed. original 1925].
- Simmel, G. (2000). The sociology of space. En D. Frisby y M. Featherstone (Eds.), *Simmel on culture* (pp.137-174). Londres: Sage Publications [ed. original 1903].
- Soja, E. (1989). *Postmodern geographies: the reassertion of space in critical social theory*. Londres/ Nueva York: Verso.
- Soja, E. (1996). *Thirdspace: journeys to Los Angeles and other Real-and-Imagined Places*. Oxford: Blackwell.
- Star, S. L. (1999). The Ethnography of Infrastructure. *American Behavioral Scientist*, 43(3), 377-391.
- Stea, D. (1969). Positions, Purposes, Pragmatics: a journal of radical geography. *Antipode*, 1(1), 1-2.
- Swyngedouw, E. (1997). Neither global nor local: 'glocalization' and the politics of scale. En K. Cox (Ed.), *Spaces of globalization: reasserting the power of the local* (pp. 137-166). Nueva York: Guilford Press.
- Thrift, N. (1996). *Spatial Formations*. Londres: Sage.
- Tuan, Y.-F. (2007). *Topofilia. Un estudio de las percepciones, actitudes y valores sobre el entorno*. Santa Cruz de Tenerife: Melusina [ed. original 1974].
- Tuan, Y.-F. (1977). *Space and Place: The Perspective of Experience*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Vidal de la Blache, P. (1902). Les conditions géographiques des faits sociaux. *Annales de Géographie*, 11(55), 13-23.
- Viveros, M. (2013). Movilidades y desigualdades espaciales y sociales en el contexto del multiculturalismo latinoamericano: una lectura en clave de género. En J. Ströbele-Gregor y D. Wollrad (Eds.), *Espacios de género* (pp. 189-203). Buenos Aires: Nueva Sociedad, Fundación Friedrich Ebert, Adlaf.

- Wallerstein, I. (1979). *El moderno sistema mundial* (Tomo I). México: Siglo XXI Editores [ed. original 1974].
- Wallerstein, I. (1988). The Inventions of timespace realities: towards an understanding of our historical systems. *Geography*, 73(4), 289-297.
- Wallerstein, I. (1998). The time of space and the space of time: the future of social science. *Political Geography*, 17(1), 71-82.
- Warf, B., y Arias, S. (2009). *The spatial turn: interdisciplinary perspectives*. Londres / Nueva York: Routledge.
- Whatmore, S. (2002). *Hybrid geographies: natures, cultures, spaces*. Londres: Sage.
- Whatmore, S. (2006). Materialist returns: practicing cultural geography in and for a more-than-human world. *Cultural Geographies*, 13, 600-609.
- Werlen, B. (2017). Action, Knowledge, and Social Relations of Space. En P. Meusbürger, B. Werlen y L. Suarsana (Eds.), *Knowledge and Action* (pp. 31-56). Cham: Springer.
- Zaragocin, S., Moreano, M. y Álvarez, S. (2018). Hacia una reapropiación de la geografía crítica en América Latina. *Íconos*, 61, 11-32.